

**IZQUIERDAS, CENTRO IZQUIERDAS
Y PROGRESISMOS EN AMÉRICA LATINA HOY**
ALGUNAS DISTINCIONES

Ernesto Ottone

El artículo aborda la situación actual de la izquierda en América Latina estableciendo algunas distinciones. A partir del *continuum* propuesto por Norberto Bobbio, que va desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, se distingue una izquierda neo-jacobina, una izquierda reformadora y una izquierda radical. Se señala que aun cuando las fronteras entre ellas no son siempre claras, tienen visiones muy diferentes entre sí en temas fundamentales relativos a la relación público-privada, el valor de democracia representativa y las libertades individuales.

Junto con indagar en las razones del surgimiento de los distintos tipos de izquierda y las diferencias existentes entre cada experiencia nacional, se ahonda finalmente en los rasgos fundamentales de la perspectiva reformadora, aquella que se defi-

ERNESTO OTTONE. Estudió Sociología en la Universidad Católica de Valparaíso y obtuvo el Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de París III “La Sorbonne Nouvelle”. Director Cátedra Globalización y Democracia, Universidad Diego Portales. Durante el gobierno de Ricardo Lagos fue director de análisis estratégico de la Presidencia. Autor de numerosas publicaciones, entre sus últimos libros están *Después de la Quimera*, con Sergio Muñoz (Random Mondadori, 2008) y *Ampliando Horizontes: Las Siete Claves Estratégicas del Gobierno de Lagos*, con Carlos Vergara (Random Mondadori, 2007).

ne por aspirar al logro de sociedades más justas sin renunciar a la libertad en nombre de la igualdad y a la igualdad en nombre de la libertad.

Palabras clave: izquierda; neo-jacobinismo; reformismo; igualdad; libertad; democracia.

Recibido: marzo de 2010.

Conviene aclarar al comenzar estas líneas que las distinciones de las cuales nos ocuparemos no se refieren a las diferencias semánticas de los conceptos señalados en el título, que obviamente existen, sino dando por aceptado el uso cercano al sinónimo que ellas han adquirido en el debate público, trataremos de analizar las realidades que ellas, en su conjunto, pretenden cubrir.

Tras la misma denominación, sostenemos que se cubren cosas muy diferentes, siendo dichas diferencias en ocasiones contradictorias e, incluso, parcialmente opuestas.

Iniciaremos nuestro trabajo analizando algunas visiones teóricas que nos permitan distinguir primero el campo de las izquierdas, centro izquierdas y progresismos respecto al campo de derechas, centro derechas y conservantismos.

1. Algunos elementos teóricos

Sartori nos dice que la izquierda “debería ser la política que tiene como referente a la ética y rechaza la injusticia”. La izquierda está marcada por el altruismo y la derecha por el egoísmo, por el propio bien. Aunque señala que por la “heterogénesis de los fines”, en términos de Hegel, el egoísmo puede de pronto favorecer el bien común y el altruismo (con la mejor de las intenciones) causar un daño general. Señala además que por su fundamento altruista la izquierda tiene una exigencia ética mayor y se le perdona menos la corrupción cuando ocupa el poder (Sartori 2009).

Bobbio, cuya elaboración política está enteramente atravesada por su reflexión en torno a la necesidad de conjugar irrenunciablemente la libertad y la igualdad, nos propone en *Derecha e Izquierda* (Bobbio 1994) un *continuum* que va desde la visión de extrema izquierda, donde

la libertad resulta aplastada a través de un autoritarismo igualitario, hasta la extrema derecha que se caracteriza por su doble carácter autoritario y antiigualitario, produciéndose, entre ambos extremos, posiciones menos polarizadas como las de centro izquierda defensoras de la libertad y tendiente a la igualdad y una centro derecha que es partidaria de la libertad, teniendo una vocación menor por la igualdad.

La definición de estas categorías, como en toda su reflexión, no se realiza desde visiones absolutas sino relativas.

Por ello, cuando atribuye a la izquierda una mayor sensibilidad para disminuir desigualdades, no le atribuye la aspiración de un igualitarismo total y tampoco a la derecha una voluntad cerril de conservar todas las desigualdades.

Comentando positivamente a Bobbio, Anthony Giddens, quizás el teórico más exigente e iconoclasta en materia de renovación en la izquierda europea, plantea: “Aunque lo que esté en la izquierda y en la derecha pueda cambiar, nadie puede estar en la derecha y en la izquierda al mismo tiempo” (Giddens 1999).

Si volvemos la mirada hacia América Latina, debemos ser en primer lugar cuidadosos de las definiciones demasiado gruesas. Tal como se generalizó con cierta inexactitud que los años noventa fueron de “giro a la derecha”, ha existido una opuesta imprecisión en calificar los años recientes como de “giro generalizado a la izquierda”, al menos a la izquierda como singular, sin profundizar diferenciaciones entre izquierdas muy diversas.

Antes de pasar a lo segundo, analicemos lo primero.

El primer elemento paradójico es que ese giro pareciera cristalizarse precisamente en los años en que a América Latina le va bien, entre los años 2003 y 2008. Años que presentan un fuerte crecimiento, que para compararlo en su historia habría que remontar nada menos que cuarenta años. Ese crecimiento con mejor calidad tuvo además mejorías en los indicadores sociales, particularmente en empleo y descenso de la pobreza y la indigencia, y en esos años (lo que no es menor en nuestra frágil historia democrática) la democracia electoral fue la norma.

El cambio producido, aun cuando menos general de lo que aparece y más diverso, resulta menos paradójico si consideramos los años anteriores a la bonanza. En ese caso aparece más como efecto retardado de los resultados mediocres de los años anteriores.

En efecto, los años noventa y los primeros tres años del presente siglo estuvieron marcados por una fuerte hegemonía del pensamiento económico ortodoxo, neoliberal, con un contrapeso insuficiente de una visión más abierta y progresista como fue la “transformación productiva con equidad” propuesta por CEPAL en 1990, cuyo eco principal lo tuvo en Chile, precisamente el país que constituyó la principal excepción a un desarrollo decepcionante, tremendamente volátil y con magros resultados sociales en la gran mayoría de los países.

Aun cuando hay excepciones parciales en esos años, como Brasil, sólo Chile muestra una tendencia de largo plazo con éxitos relevantes en materia económica, social y en estabilidad política bajo la égida de gobiernos sostenidos por una coalición de centro izquierda, que lo diferencian del resultado mediocre de la región (Castells 2004).

Este balance insatisfactorio de un período prolongado terminó produciendo una profunda frustración, un escepticismo, si no respecto a la democracia, por lo menos frente a los resultados económico-sociales que a ella se le exigen, una percepción de exclusión de una gran parte de la ciudadanía, una visión negativa de una globalización “sin filtros” (O’Donnell 2008) perjudicial para la mayoría y una visión crítica de los gobernantes visualizados como lejanos, cuando no corruptos.

La persistencia de crisis propias y externas (1995, 1998, 2001, 2002) fue acompañada en algunos países con verdaderos derrumbes de los sistemas políticos (Bolivia, Argentina, Ecuador y Venezuela) y un rechazo agrio a los partidos políticos existentes.

Es así como tanto las elecciones realizadas hacia fines del período mediocre y volátil y las efectuadas en el período de bonanza, que concluyó abruptamente el 2008, estuvieron marcadas por un espíritu contestatario y de cambio político, que asumió afortunadamente el camino electoral, a veces en medio de crisis amenazadoras de desenlaces violentos que han sido desgraciadamente demasiado recurrentes en nuestra historia.

En consecuencia, lo que es generalizado es el cambio y el cambio por vía electoral. La reducción de este cambio a un solo tipo, el radical-fundacionalista, aparece como exagerado, más aún si consideramos las elecciones presidenciales más recientes, donde han triunfado, en su mayoría, candidaturas de derecha (Panamá, Honduras, Chile), salvo en el caso de Uruguay.

Sin embargo, esta mirada es frecuente desde afuera de la región, ya sea en los EE.UU. o en Europa, desde ópticas ideológicas muy diversas. En los EE.UU. de América, por aquellos sectores que continúan influidos por la lógica amigo-enemigo en clave de guerra fría, y en Europa por quienes tienen una insuperable nostalgia por una América Latina turbulenta, excitante y de alto colorido que les generó abundantes emociones fuertes y, a nosotros, experiencias trágicas.

Antes de entrar a hacer distinciones, conviene entonces un baño de realismo. No todos los cambios han tenido orientaciones radicales: Brasil y México, que constituyen más de la mitad de la población latinoamericana y cerca del 70% del producto interno bruto, figuran en un tramo moderado del *continuum* de Bobbio, entre el centro izquierda y el centro derecha. El conjunto de las experiencias radicales fundacionalistas abrazan a una fracción mucho menor de la población y su peso económico no supera 10% del PIB regional.

Una pista interesante y ausente de ideologismos es la que nos entrega Alain Rouquié, quien diferencia los gobiernos caracterizados por el cambio en América Latina entre *refundadores* y *desarrollistas sociales* y señala que “Los primeros son gobiernos de ruptura que tienen como objetivo la refundación del sistema político para responder a una presunta demanda de reparación social y moral. Son regímenes a la vez reparadores y refundadores. Los segundos favorecen la continuidad en el campo económico, son constructores de consenso para evitar la inestabilidad política y consideran que la modernización de la economía permitirá responder con eficiencia a las demandas sociales” (Rouquié 2009).

Esta diferenciación resulta interesante porque tiene su fundamento en el particular recorrido histórico que las precede y no en un mundo de opciones infinitas y de pura voluntad. Sin caer en ningún determinismo histórico es necesario, al examinar cada realidad, ver los recorridos políticos, el tipo de discriminación y agravio acumulado, de oportunidades perdidas, de responsabilidad o irresponsabilidad de las clases políticas desplazadas, los niveles de cohesión alcanzados y los niveles de desarrollo logrados.

Sin embargo, comprender las diferencias históricas no significa pasar por alto al menos un núcleo de exigencias del binomio virtuoso libertad-igualdad que deberían ser exigibles a un proyecto político para considerarlo genéricamente progresista.

2. Tres distinciones y algo más

A partir de la afirmación anterior resulta necesario hacer un esfuerzo de distinción entre las izquierdas, centro izquierdas y progresismos latinoamericanos, utilizando como base el *continuum* de Bobbio. Ello nos permite establecer tres categorías que si bien tienen fronteras porosas entre ellas, también presentan diferencias muy grandes, tan grandes que las convierten en algunos casos en objetos diferentes y hasta contradictorios (Ottone y Muñoz 2008)

2.1. La primera categoría la podríamos llamar *neo-jacobina*, neo-revolucionaria o refundadora, como lo hace Rouquié. Ella tiende a ser la heredera del jacobinismo tradicional, cuya forma más clásica fue el comunismo que decayó abruptamente con el desaparecimiento del “socialismo real” en Europa del Este en 1989 y cuya constelación actual está formada por Partidos Comunistas más bien reducidos, con su base doctrinaria muy herida y en una búsqueda llena de desasosiego por construir una propuesta actualizada al mundo de hoy. Tal búsqueda se ve agravada por el hecho de que China y Vietnam han inaugurado un nuevo régimen. En el pasado, nosotros conocimos combinaciones de economías de mercado con dictaduras de derecha. Hoy día estamos conociendo economías de mercado muy ortodoxas con dictaduras comunistas, que con una imaginación a prueba de balas explican esta combinación como una fase del camino al comunismo.

En América Latina la herencia jacobina tiende a reciclarse en el neo-jacobinismo, transformándose en una componente subordinada de esta nueva expresión. Su única expresión política se encuentra en una Cuba crepuscular y empobrecida y su expresión como movimiento revolucionario en las FARC colombianas también en declive y empantanadas entre el narcotráfico y las prácticas terroristas.

Lo que sí goza de salud es un neo-jacobinismo variopinto que ha alcanzado la conducción del gobierno en varios países por la vía electoral y que tiene fuerza política en otros.

Se encuentra estructurado más bien en torno a líderes carismáticos que a partidos, los que se sienten más cómodos con estructuras “movimientistas” con fuerte capacidad de movilización callejera, que en partidos propiamente tales.

Surgidos de la democracia electoral, tienden irresistiblemente a generar procesos refundadores, dirigidos a una fuerte acumulación de

poder en nombre de una misión reparadora que tensa naturalmente el “ethos democrático”, la separación de poderes y la libertad de expresión.

Las reglas del juego en el terreno económico, social y político se desplazan y el adversario es considerado siempre un obstáculo al “nuevo mundo”. En el terreno internacional la retórica, y en ocasiones la acción, está marcada por el antiimperialismo heredado del jacobinismo clásico, orientado a enfrentarse a los Estados Unidos de América.

Ello resultó claro y popular bajo la administración Bush y se pone cuesta arriba con el gobierno de Obama, quien procura impulsar una política internacional laica y partidaria del multilateralismo.

El neo-jacobinismo tiene un matrimonio mal avenido con la democracia representativa, es una relación de interés donde el amor está ausente, constantemente busca otras experiencias que lo reemplacen, tolera a regañadientes la economía de mercado y más que regularla y supervisarla o desarrollar políticas públicas que operen donde el mercado no opera bien o no opera, tiende a nacionalizar lo privado, más por razones ideológicas que económicas, y propone un “socialismo del siglo XXI”, fumoso y cambiante. La globalización no aparece para ellos como un fenómeno ambivalente con oportunidades y riesgos, sino como una pura conspiración de los países ricos.

Su expresión más poderosa es el presidente Chávez y su credo el bolivarianismo. Chávez tiene una vocación intervencionista profunda, la cual crece y decrece con el precio del petróleo y cuya oferta resulta irrefutable para las economías más pequeñas y débiles. Pero de allí no se deriva que constituya una tendencia en expansión. Si observamos de cerca, tiene más fuerza en países de poco desarrollo relativo, sistemas políticos débiles, corruptos o excluyentes, o todo ello junto, donde las clases dirigentes se distanciaron fuertemente del sentir ciudadano y la democracia se vació de sentido.

Cada experiencia tiene sin embargo sus propias características. En Nicaragua y en Honduras las polarizaciones alcanzadas tienen que ver más con la retórica y el poder que con procesos sociales de una orientación definida de cambio progresista en relación a las desigualdades, la pobreza y el ejercicio de los derechos de los sectores populares. En el caso de Honduras ha terminado con un golpe necio e inaceptable, de viejo cuño, dado por una clase dirigente atrabiliaria a un presidente de hablar altisonante, sombrero abundante e ideas escasas y la elección de un presidente conservador cuya legitimidad será afanosa internacionalmente.

Ese golpe nos mostró un nuevo sentido común latinoamericano que rechaza de inmediato esos métodos, esta vez acompañado por los Estados Unidos de América y el conjunto de la comunidad internacional que, sin embargo, no pudo revertir la situación de manera aceptable para estándares democráticos.

La experiencia hondureña nos muestra a la vez la ausencia de convicción democrática de algunas derechas oligárquicas y los peligros de la frivolidad con ropaje progresista en el poder.

El proceso boliviano, en cambio, tiene una profunda significación política, histórica, sociológica y cultural. Se trata de la llegada al gobierno por vía de la democracia electoral de un indigenismo fuerte, que se siente movilizado y representado por la figura de Evo Morales y se ha constituido en sujeto político.

En este proceso conviven fuerzas muy distintas y no todas de fuertes convicciones democráticas, algunas ni siquiera son partidarias del Estado moderno, que lo ven como una creación impuesta por los invasores, por los “occidentales” (Ottone-Sojo 2008), otros tienen la impronta jacobina clásica en su versión pro-cubana, y otros imaginan una nueva combinación incluyente multicultural.

Ello hace que el justo reclamo de inclusión, de igualdad y de justicia se acompañe de elementos extremos de refundación y de exclusión de los antiguos excluidores. La negociación es tensa y dramática a veces. Da la impresión, en ocasiones, de ser una acción táctica que tiene por norte abrazar más bien una revolución autoritaria que una democracia inclusiva. Como contraparte, la oposición moderada tiende a perder espacio y se produce una polarización llena de peligros políticos e, incluso, territoriales, caracterizada por la emergencia de una oposición dura, de métodos alejados a la negociación democrática e incluso en ocasiones con tintes racistas.

El régimen bolivariano de Chávez en lo interno aparece indeciso en la conformación de una fuerza política que compita de manera transparente en un sistema político democrático “en forma”, más parece convencerle una situación movimientista gelatinosa de apoyo al líder o una suerte de democracia directa, “directa, en cuanto a que las órdenes las da directamente” (Rouquié 2009).

Si bien Chávez sigue teniendo una legitimidad democrática de origen y de renovado origen a través de procesos electorales, hasta ahora siempre respetada por su gobierno, teniendo por el contrario al menos

una parte de su oposición el estigma de un intento de golpe de Estado, su acción de gobierno no tiende a favorecer los métodos democráticos, hace gala de autoritarismo y tiende a controlar todos los espacios de poder. Limita el derecho de expresión y su discurso es siempre amenazante y salpicado de humor cuartelero. En lo concreto su gestión muestra avances económicos y sociales, aunque éstos no guardan relación con los inmensos recursos con los que ha contado por largos años.

La situación de Ecuador es, a su vez, diferente. El presidente Correa surgió como un *outsider* perfecto frente a un sistema político con poca credibilidad. Él también expresa aspiraciones de justicia, de protección del interés nacional, de refundación. Su fuerza de apoyo se construyó sobre la marcha, incluso *a posteriori* de su triunfo.

La composición de su gobierno es heterogénea, cambiante y cuenta con algunos sectores que expresan convicciones democráticas. Más allá de la medianía de los resultados de su gestión tiene un fuerte apoyo electoral, pero también una oposición no menor, lo que tiende a morigerar en los hechos sino en las palabras su retórica exaltada y rupturista.

En ocasiones a estas experiencias se tratan de vincular la nueva realidad política salvadoreña encabezada por el presidente Funes y la paraguaya del presidente Lugo. Creo que no es correcto forzar identificaciones de procesos no enteramente definidos que tienen al menos una parte de su mirada en los procesos que Rouquié denomina como “desarrollistas sociales” (Rouquié 2009).

2.2. Volviendo al *continuum* de Bobbio podríamos establecer una segunda categoría, que denominaríamos como *progresismo reformador*, lo cual coincidiría con la definición que él da a la centro izquierda: “doctrinas y movimientos a la vez igualitarios y libertarios, para los cuales podríamos usar la expresión ‘socialismo liberal’ para incluir a todos los partidos socialdemócratas, en sus más diversas praxis políticas” (Bobbio 1999).

Estos partidos, movimientos o coaliciones aparecen sobre todo como herederos de la socialdemocracia europea y en el caso latinoamericano de una tradición demócrata cristiana progresista. Recordemos que en América Latina, salvo de manera muy puntual, no existió una socialdemocracia de origen obrero; la constitución de la socialdemocracia se hizo a través de la búsqueda por parte de la internacional socia-

